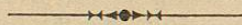


tad de toda mi herencia: *Dimidiam partem*. ¿Y qué diría el Padre Celestial al presentarle Jesucristo desde la Cruz todos los méritos de María para con él y sus dolores acervísimos? Por cierto que no la mitad, sino toda la herencia de su Hijo adjudicaría á la Madre Santísima. ¿Y cuál es la herencia de Jesús? *Dabo tibi gentes hereditatem tuam, possessionem tuam terminos terrae*. Te daré, le dice el Padre Celestial, todas las gentes por herencia y en posesion hasta los términos de la tierra. Esta es, pues, la herencia de María: nosotros todos los pecadores. Jesucristo nos reengendró en la gracia por medio de la efusion de aquella misma sangre que recibió de María y unió hipostáticamente á la divinidad; y esta Señora recibe entonces al pié de la Cruz la fecundidad dolorosa para ella, y dichosa para nosotros de darnos á luz en la adopcion divina.

¡Oh Dolores de María, verdaderamente grandes bajo todos aspectos! grandes por lo acervos; grandes por que ellos la hacen una imagen viva de su muy amado Hijo; grandes por los misterios que encierran. ¡Oh Virgen santa! en medio de tus dolores, en ellos brillan con magnífico esplendor tu caridad ardentísima, tu magnanimidad imperturbable, tu fecundidad sin más límites que el de las generaciones de los siglos. ¡Oh dolorosa Madre! yo te saludo con toda emocion de mi espíritu; yo bendigo tus penas por que acarrearón la alegría de luniverso; yo adoro al Omnipotente que así quiso ensalzarte á tí y en tí á nosotros por medio de tus dolores. Te miro cerca de la Cruz y me pasmo de admiracion; te veo en pié y me lleno de estupor; contemplo tu corazon, y la ternura y el dolor se difunden y penetran en el mio al través de mil generaciones. Seas por siempre bendita en los siglos de los siglos.—AMEN.



S E R M O N

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

PREDICADO
EN LA IGLESIA DE LA SOLEDAD DE PUEBLA

POR EL

PBRO. D. BARTOLOME ROJAS

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Joan., XIX, 25.

En la caída y reparacion del hombre, escenas las más importantes que ha visto el mundo, dos mujeres desempeñaron los primeros papeles: Eva, bajo la sombra de un árbol agradable á la vista, satisfizo su curiosidad, invitó á su marido y perdió á todos sus hijos. Ella no ha visto todo lo que hizo; pero hizo todo lo que hemos visto. María, al pié de otro árbol horroroso á la vista, llora el pecado de la primera, y mezclando su llanto con la sangre de Jesucristo, salva á todos los hombres, dándoles una nueva vida; venció al demonio haciendo que perdiera en los dolores del Calvario lo que había ganado en las delicias del Paraíso. Recuperó en el monte de la mirra la corona que nuestra madre Eva perdió entre las flores de

un huerto. Luego á María, á esta mujer divina, más cándida que el lirio que crece y se levanta entre las espinas, más agraciada que la azucena que embellece los jardines de Engadi y que la rosa de Jericó que comienza á desarrollar sus pétalos, á esta madre admirable debe el hombre toda su felicidad, porque no solo se prestó para ser Madre del único reparador, sino que en el lance más apurado, en el acto más comprometido, se presta también con heroicidad para redimir al hombre; y para que á una escena tan trágica no faltaran lágrimas de penitencia, arroja de sus ojos unos tiernos diluvios que hacen más patético el cuadro, y más sentimental y lastimero el pasaje: *Stabat juxta* etc.

Y esta tarde que nos toca contemplar este suceso, ¿qué haré para pintar el dolor tan profundo, y la pena tan desmedida de esta divina Señora? Seguiré ingenioso el artificio de Timantes. Este célebre pintor, para representar con la viveza posible la pena de los padres de la princesa Ifigenia en la muerte de esta hija, pintó primero á los criados con un rostro triste y pálido, después á las camareras bañadas en lágrimas: pintó á los deudos y parientes, con las manos anudadas y el cabello desgredado, y últimamente á los hermanos consternados y compungidos. Pero cuando trata de pintar el desconsuelo de los padres, comprendiendo que no había mano ni pincel que pudiese trasladar al lienzo su aflicción, echó un velo sobre sus pálidos rostros, dejando á los espectadores la libertad de inferir el dolor de los padres por el que manifestaban los criados, los deudos y los hermanos. Pues de este modo, en el triste y lastimoso espectáculo de la muerte de Jesús; los evangelistas nos pintan, primero el sol oscurecido, después el velo del templo rasgado; la tierra que tiembla, las piedras que se parten, los sepulcros que se abren..... nos pintan á las mujeres de Jerusalem bañadas en lágrimas, y á los discípulos afligidos, pero cuando nos quieren pintar el desconsuelo de la madre de Dios, el sagrado pincel queda suspenso y ni un solo rasgo aciertan á tirar pa-

ra formar un cuadro tan lastimoso; echan un velo como Timantes sobre su pálido rostro, limitándose á decir á los cristianos que estaba al pié de la Cruz de Jesús, su tierna y querida Madre.

Bajo este concepto, para que podais formar una idea de los dolores de la Santísima Virgen, os la presentaré sufriendo los dolores del pecado, los de la naturaleza y los de la gracia: dolores intensos por su vehemencia y por su simpatía. Para lograr este justo deseo, pidamos la asistencia del cielo, interesando en ello á la Virgen María con el lenguaje del Arcángel.—DIOS TE SALVE.

Stabat juxta, etc.

I. No obstante que Jesucristo fué el Salvador de los hombres, porque con su sangre pagó las deudas del hombre insolvente; María Santísima es también nuestra Redentora por medio imprecatorio á la fuerza de sus angustias en el monte Calvario: el valor de sus penas no es infinito; pero en la condición del hombre que no veía sobre sí sino los espectros fúnebres de su desgracia ó las tristes realidades de su infortunio, era lo que más podía valer para nuestro remedio, y la afligida madre nada omite que pudiera servirnos, haciendo al pié de la Cruz el sacrificio más meritorio después del de su Hijo; tuvo por nuestros pecados un dolor tan grande que nos mereció el perdón por su vehemencia y por su simpatía, dos caracteres que reclaman nuestra gratitud y dos argumentos que dividirán mi discurso. Comienzo la primera idea.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

2. La fuerza del dolor de María al pié de la Cruz se conoce luego, considerando el espectáculo tristísimo que tenía delante de sus ojos. Ciertamente el espectáculo no podía ser más doloroso: jamás se había visto un lance tan terrible, ni se verá tampoco, no digo en la realidad de una historia, pero ni en el dilatado campo de la imaginación: aun el poeta más valiente nunca podrá fingir una escena más interesante, porque para esto sería necesario concebir una cosa mejor que Jesucristo y su Santísima Madre. Pues esta angustiada Señora todo lo analizaba y todo contribuía á acrecer su dolor. La hora más pesada del día, el lugar más inmundo de la tierra, los soldados más crueles, el pueblo más inícuo y aun los reos compañeros de la pena los más desesperados y blasfemos. ¡Qué espantoso para ella ver las tinieblas en la mitad del día, chocarse las piedras, abrirse los sepulcros y salir los muertos! La tierra se estremece, tiemblan las columnas del firmamento, brama el mar enfurecido y rugen hasta los chacales del Cedron. Y en medio de este cataclismo los apóstoles la abandonan, el amado discípulo enmudece y las mujeres piadosas guardan también silencio; nadie articula una palabra..... hablan sólo los ojos con las lágrimas y el corazón con los gemidos. ¡Ah! ¡cómo contrastan las dulzuras inefables de Belém con las vehementes amarguras del Calvario! ¿Dónde están aquellos ángeles que en derredor de su cuna, como al Dios del amor, tañían sus arpas de oro para cantarle en conciertos armoniosos himnos de triunfo, de bendición y de victoria? ¿Dónde aquellos sencillos pastores que con el timbal y el pandero festejaban al Salvador? ¿Dónde los reyes y potentados que le ofrecían sus místicos dones? ¡Todo ha cambiado para esta Madre desolada y aun las glorias del Tabor se han transformado en ignominias en el Calvario! ¿Dónde están aquellas vestiduras que resplandecían más que los astros que matizan las bóvedas celestes y cuya blancura era superior á la de la nieve? ¿Dónde aquella voz divina más suave que el silbo del

inocente pajarillo y más melodioso que los cánticos de los arcángeles? ¿Esa voz de majestad tremenda que decía: "Este es mi hijo amado en quien tengo mis complacencias?" ¡Ah! Aquí no se oye la voz del Padre, sino la del Hijo, la voz de un muerto que se está quejando y éste es el Hijo Eterno del Eterno Padre. Suspiros prolongados hienden los aires; ayes y lamentos déjanse percibir á través de un sordo murmullo.

3. Aquí todo es fúnebre, aquí no se ve más que al ángel de la muerte que cubierto de negro luto lanza un grito que resonando por todo Jerusalem repite: "Perezca el Justo, sálvese el mundo." Gólgota sangriento, ¿cómo no te hundes? ¿cómo has podido sustentar tan lastimosa catástrofe? Recibe esa víctima santa y desafía al templo y al altar, á ver si entre tanto sacrificio solemne te la pueden igualar. ¿Y María?..... María en medio de penas tan crueles, estaba al pié de la Cruz, ponía sobre ella sus celestiales ojos y luego los bajaba horrorizada de la visión; pero admiremos, señores, su postura decente y su modestia virginal..... No se la vió como á otras madres desconsoladas dar gritos de dolor, alegar la inocencia de su Hijo, rasgar sus vestidos al estilo hebreo, ni rugir á la fuerza del dolor: sepulta éste en el seno de su alma y allí es el taller de su tristeza donde estaba la fragua de su amor. Y si el sentimiento mudo es el gran sentimiento, sólo su corazón era infeliz, porque ni siquiera podía decir: "¡Ay de mí!" Cosa que asombra, ¡mujer y en silencio, adolorida y muda, con el corazón lleno y los labios vacíos! ¡Ah! ¡cómo entenece una mujer virtuosa padeciendo injustamente! Allí está al pié de la cruz; miradla cómo cubierta con el manto de las viudas está mostrando á los hombres la terrible y soberbia imagen del infortunio. Miradla cómo sus ojos destilan el agua cristalina y pura de sus amores. ¿Por qué no perdonaría el Señor á su desconsolada Madre? Un profeta llevó la muerte á Jerusalem; pues que riegue el profeta con su llanto el polvo de los caminos, que lloren los miserables

y giman los que no tienen pan que comer, y las viudas que están sin apoyo, y las vírgenes escuálidas y la ciudad oprimida de amargura. Valga por sus pecados ese llanto eterno que escalda las mejillas y que no halla quien la consuele; ¿más por qué pesarán sobre la Virgen de Nazareth los castigos que cayeron sobre Jerusalem y Babilonia? ¡Infeliz Madre! clamaban en tono plañidero y tristísimo las mujeres de Galilea. ¡Infeliz Madre! y sus manos se juntaban con muestras de un dolor lleno de sencillez y de ternura. ¡Pobre Madre! su corazón es una rosa deshojada, una azucena descolorida, un hacesillo de mirra. ¡Con cuánta razón puede decir mejor que Tobías: “¿Qué gozo he de tener, si sentada en las tinieblas, no veo al amado de mi alma que es la luz del cielo?” Basta, señores, lo dicho para contemplar los dolores de María Santísima en su intensidad: pasemos á analizarlos en su simpatía.

4. Era tanta la simpatía entre estos dos corazones, que reinaba entre ellos una conformidad absoluta en la naturaleza; costumbres, inclinaciones y voluntades: de consiguiente, en el Calvário había una precisa comunicacion de dolores, y esta comunicacion hacía que la Santísima Virgen sufriera, no sólo los dolores que eran suyos, sino también los de Jesucristo. Para que tomemos el pulso á sus padecimientos, consideremos esta doble simpatía, ora inspirada por la naturaleza como Madre, ora ilustrada por la gracia como á redentora. ¿Qué mayor angustia para una Madre que ver morir á su Hijo, y qué mayor tormento para un hijo que morir delante de su madre? Por esta simpatía ambos fueron recíprocamente crucificados, el Hijo en su cuerpo sobre la Cruz, y la madre en el alma: el Hijo en el corazón de María, y María en la carne de Cristo. Por esto la lanza que hirió sin dolor el corazón muerto de Jesús, traspasó también el corazón vivo de María. ¿Habeis visto dos cuerdas igualmente templadas, cómo tocando una se estremece la otra? Así crucificado Cristo lo fué también María, á la manera que dos es-

pejos opuestos, reciben una misma imágen por la reflexión de la luz. Por esto dice San Agustín, que el corazón de María era el eco del dolor del Hijo, y que aquella simpatía que comenzó en el pesebre se consumó en el cadalso, y los tiernos brazos que allí pusieron á Jesús encima de pajas, aquí lo colocan sobre una piedra dura.

5. Es verdad, que María no se presenta al pié de la Cruz, herida como los profetas, descuartizada como los apóstoles, ni degollada como las vírgenes; pero su martirio es el martirio de Jesús y por esto su tormento no es en el cuerpo, sino en el alma. ¿Habeis hecho reflexión, señores, acerca del fenómeno que nos ofrece el rayo, cuando rompiendo las nubes cae sobre una espada, cómo pulveriza ésta sin hacer daño á la vaina que la guarda? Pues de este modo la crucifixion de Jesús se trasmite al alma de María, que como un rayo del cielo deja su cuerpo sin heridas y pasa á lastimarle la entraña más noble, su corazón, ese gracioso nido donde reposará el Espíritu Santo. Hay más, la Santísima Virgen tuvo la suprema é indispensable gracia que necesitaba para ir en parte con Jesucristo, en la redencion humana. De consiguiente, con una luz muy clara conoció á Dios, lo amó y lo adoraba con superioridad á las demás criaturas. Luego, cuando apuraba el cáliz de los tormentos con la misma humildad que Jesucristo, y ofrecía á Dios un solo holocausto por su simpatía; su pena fué superior á todas las penas. ¡Oh! ¡qué cáliz tan amargo! jamás se vió este lirio entre tantas espinas como en el Calvario, porque todas las de Jesucristo le herían.

6. Aquí confieso, señores, que me falta la imaginacion y que se me pierde el cálculo para profundizar tantos dolores. Pero ¿cuál os parece que sería aquel instante terrible en que su pena subió al último punto? ¿Aquel en que Jesucristo se queja amorosamente á su Eterno Padre, semejante al cisne que canta cuando va á morir? Aquel en que exclama con una voz apagada: “¡Tengo sed!” No: ¿pues cuál? Aquel en que Jesucristo muere, porque en-

tonces podemos decir que descargó sobre su corazón la horrible tempestad que se formó en el Paraíso. Un color lívido trasforma la frente de su Hijo: sus ojos, que daban luz á las estrellas, vierten una lágrima fría, que se hiela en sus párpados moribundos, como una gota de rocío en el cáliz de una flor: la Cruz se estremece y Jesucristo espira: la tormenta muge y la tierra se estremece de polo á polo. Entonces la naturaleza se pone de duelo; tinieblas espesas se levantan y envuelven al universo cual inmensa mortaja: los truenos áridos se incorporan en el campo de Ezequiel: el pueblo brama y huye de sí mismo como una fiera herida: el sol se oscurece como una lámpara sepulcral: los soldados se pasean por el campo armados como si temieran un asalto á la ciudad. La carrera evangélica de Jesús llegó á su fin: el Calvario toma un aspecto fúnebre y sombrío: los ángeles, desde los cielos, contemplan con horrible asombro el espectáculo, y las aves suspendidas en el aire se detienen sobre la Cruz. ¡Ah! ¿Y cómo no os mueve esta tiernísima Virgen? Fué necesario, dicen los Padres de la Iglesia, un auxilio sobrenatural, y yo pienso que un ángel invisible, el ángel de los huertos y de las montañas, le dió fortaleza.

7. Basta, señores, consideremos á María en la vehemencia y en la simpatía de sus penas como la Reina del dolor, la Reina del infortunio, la Reina del martirio. Su trono es una cruz y su corona una corona de espinas. ¡Señores! acerquémonos á ella para consolarla en su orfandad; millares de ángeles y castos serafines formaron su corte en las alturas de los cielos. Acerquémonos á ella y pongamos al pié de sus sagradas plantas, aquel glorioso epígrafe que le corresponde mejor que á la reina Semíramis: "Naturaleza me hizo mujer; pero á ningun hombre me reconozco inferior." Sí, señores, solo á María cuadra este epitafio, porque por su valor, firmeza y heroísmo al pié de la Cruz, excede á la constancia é intrepidez de los varones más ilustres y esforzados del catolicismo. Saludémosla, para concluir, diciéndola: Dios te salve, Virgen

Dolorosísima, defensa de los fieles, puerto seguro de los naufragos, negociadora perpetua de nuestra salud. Dios te salve, perspectiva de Dios, delicia del mundo, fuente de gracia. Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra, Reina de los mártires, Madre de los pecadores, Consoladora de los afligidos, ruega por nosotros.—AMEN.